



ALARCÓN

POESÍAS

PQ6502

.A1

P6

1917

R. C.



1020027189



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS





FONDO  
RICARDO CARRASQUERA

OBRAS  
DE  
D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POESÍAS  
SERIAS Y HUMORÍSTICAS

EL HIJO-PRÓDIGO

DRAMA



POESÍAS  
SERIAS Y HUMORÍSTICAS

DE  
D. PEDRO A. DE ALARCÓN

CUARTA EDICIÓN



MADRID  
EST. TIP. «SUCCESORES DE MADENEYRA»  
Paseo de San Vicente, 20.

1917

31764



861  
A.  
PQ 6507  
A.  
Pg  
1917



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

97930

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
- FONDO RICARDO COVARRUBIAS



## DEDICATORIA

**T**ÉNGASE por reproducida aquí la primera  
Poesía del presente volumen, con la cual  
dediqué a MI MUJER, hace quince años, la colec-  
ción de mis versos juveniles.

P. A. DE ALARCÓN.

29 de Junio de 1885.





## PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN

---



AL vez no se hubiera dado á la estampa, en mucho tiempo, esta colección de poesías, si yo, á fuerza de ruegos, no hubiera logrado vencer la desidia del autor. Alego aquí este servicio literario, para justificar lo que de otra suerte pasaría por audacia: este Prólogo mío.

Aunque el poeta, tan conocido ya y tan estimado del público, no ha menester que yo ni nadie le patrocine, no estará de más decir algo sobre la indole y el mérito de sus composiciones.

Claro está que no voy á buscar argumentos para persuadir al público á que guste de ellas, sino á exponer algunas de las razones en que el gusto y el ya alcanzado aplauso se fundan.

En muchos escritos míos he dicho repetidas veces, y he procurado demostrar, que la edad presente es más favorable á la poesía lírica y más fecunda en buenos poetas líricos, que ninguna de las pasadas. Sólo quizás en los mejores tiempos de Grecia, cuando el sol de la libertad iluminaba todas sus gloriosas repúblicas, verdes y frescos aún los lau-



reles de Maratón, Platea y Salamina, hubo poetas líricos como los que en nuestra edad han cantado las maravillas de la civilización, las tempestades sublimes de las revoluciones, y la virtud progresiva y bienhechora de la libertad moderna. Sólo Simónides, Arquíloco, Píndaro y Corina, celebrando á los héroes y á los vencedores en la arena olímpica en presencia de la Grecia toda congregada, pueden ser comparables á los poetas líricos de nuestro siglo.

La libertad misma, el favor del pueblo, el aplauso inteligente de una ilustre democracia, fueron, y son, los Augustos y los Mecenas de aquéllos y de estos griegos cantores. No nacieron ni se criaron, como plantas exóticas y parásitas, en los invernáculos y cercados jardines de los Reyes y de los Grandes, sino al aire libre,

«Donde no se apoca  
el numen en el pecho  
y el aliento fatídico en la boca.»

No vinieron á cantar sólo los dulces y fáciles amores, las delicias de los festines, la pompa cortesana y los sentimientos y dogmas religiosos sujetos á una pauta oficial é invariable, sino á cantar libre y espontáneamente de Dios y de la naturaleza, y á vaticinar los altos destinos de la humanidad, con acento valiente, enérgico y digno de ella.

Esta nueva época de gran poesía lírica no es fácil marcar en qué momento empezó. En unos países hubo de adelantarse, y hubo de retardarse en otros. Pero no es lo interesante el comienzo, sino el fin de esta época. ¿Acabará la poesía, como pretenden algunos, ó tendrá una vida y una fecundidad inmortales, como otros aseguran? Yo soy de los más firmes creyentes en la constante y activa duración de la poesía, y ya he dado, en otros escritos también, las razones que

tengo para creerlo así. La ciencia y la experiencia, por grandes que sean sus progresos, no invaden todo el campo de la fantasía. Este campo es infinito, y cuanto el saber humano explora, averigua ó explica, es nada en comparación de la inmensidad adonde no penetra, del universo invisible que se sustrae á todo su estudio, de la región misteriosa donde sólo entran, se explayan y logran crear mil prodigios la fantasía, el sentimiento y la fe.

De tales argumentos, que no es esta la ocasión de ampliar, me valgo no para convencerme á mi mismo y para convencer á los otros de la perpetuidad de la poesía; y hasta me inclino á veces á creer, no ya en su perpetuidad y florecimiento inmarcesible, sino en un constante crecimiento y mayor auge; porque, lejos de suponer, como suponen otros, que la ciencia, al descubrir, aminora lo descubierto y lo no descubierto, presumo lo contrario, que lo magnifica y lo ensalza todo. Lo que descubre lo hace mayor y más bello que lo que había fingido la fantasía; y calculando luego la mente lo no explorado por la grandeza de lo explorado, también lo no explorado se agranda y se sublima.

Siendo esto así, como lo es, no cabe duda para mí en que la poesía lírica ensancha sus dominios y aumenta su energía con el andar de los tiempos. No hablo de la poesía dramática ni de la épica, porque exigen otras condiciones que hoy no se dan, por donde son hoy inferiores, y no dejarán de serlo mientras no se transfiguren, lo cual no es de mi incumbencia decir aquí si podrá ser, y cuándo y cómo podrá ser, dado que sea.

Lo que importa explicar, á fin de que no se entienda que me contradigo, es que dentro de esta época, altamente favorable á la poesía lírica, época que podemos calcular que empezó á fines del siglo próximo pasado, hay un período de



terrible prosaísmo, en el cual vive hoy ó vegeta toda Europa, y singularmente España.

Causa principal de este prosaísmo momentáneo ha sido (considerando en conjunto toda la civilización europea) el cansancio natural, el desmayo y el desaliento que suceden á las hondas especulaciones metafísicas, en que nuestra edad ha sido tan rica.

Por reacción de aquel grande movimiento filosófico, y en esta postración actual, han brotado y medran, como los espinos y abrojos donde ya se agostaron las flores, los más descarnados sistemas materialistas; la negación de Dios, del espíritu y de todo lo que no es materia; el aborrecimiento de toda metafísica y de toda teología.

España, que no desplegó la mayor actividad en el movimiento metafísico anterior, tampoco se halla hoy tan infestada del materialismo y del llamado positivismo que han surgido por reacción posteriormente; pero tales doctrinas, por estar más al alcance del vulgo, han penetrado más, y se han difundido lo bastante para destruir y secar en las almas las inspiraciones y los pensamientos poéticos.

Hay en España asimismo otro motivo antipoético poderoso. El conocimiento de nuestro malestar material, apenas sentido antes, se ha divulgado, naciendo de él un vehemente deseo de vivir mejor materialmente. De aquí lo prosaico y ruín de este período de la vida social de nuestro pueblo; de aquí la poca afición que muestran á la poesía las clases más adelantadas. La poesía, el término de la aspiración, la meta en la carrera del deseo en pos de lo ideal, suele ponerse ahora en comer bien, en vestir con elegancia, en vivir en una casa *confortable*. El que no ha logrado esto, corre desalado para lograrlo; el que ya lo consiguió se llena de orgullo, y se considera como el poeta verdadero.

En este período prosaico ha venido al mundo, como poeta, el Sr. Alarcón.

Cruel destino ha sido el suyo; pero, hasta donde es posible, ha logrado vencerle, dando con tan difícil triunfo una prueba irrefragable de su valor.

De la situación momentánea del mundo, y en particular de la de nuestro país, indicada aquí en breves palabras, han dimanado varios vicios en casi toda la poesía novísima, vicios de que la poesía del Sr. Alarcón se halla exenta.

El principal de estos vicios se puede llamar (valiéndonos de un vocablo muy usado hoy por los naturalistas) *atavismo* exagerado. No parece sino que las musas, aunque vengan traídas de la mano por un poeta progresista, ó racionalista, ó filósofo, partidario en prosa de las últimas revoluciones, admirador en prosa de todo lo que constituye el carácter de nuestro siglo, é impregnado de su espíritu hasta los tuétanos, retroceden espantadas hacia los siglos bárbaros y se llevan al poeta que las traía, obligándole á decir en verso lo contrario de lo que en prosa siente, piensa, afirma y sostiene; trastrocándole en detractor de la época presente y encomiador de las pasadas; obligándole á imitar, aunque en sentido inverso, al falso profeta Balaam, que por encargo de los Moabitas fué á maldecir al pueblo de Israel, y contra su voluntad, y sin caer en lo que hacía, le colmó de bendiciones.

Es otro vicio el incesante sermonear, acudiendo á todos los lugares comunes del Lárraga; y otro, la afectación de un espiritualismo severo, que condena todo lo que no es mortificación de los sentidos, conversación interior y retraining del mundo y de sus pompas; de todo lo cual dista el poeta muchísimo en la práctica de la vida.

El Sr. Alarcón no peca por ninguno de estos lados. Es



un poeta natural. En prosa y en verso es siempre el mismo. El escritor y el hombre son lo que deben ser, enteramente idénticos.

Nace de esta naturalidad y candidez, y de las varias y aun opuestas tendencias del día, lo inseguro y vacilante que suele encontrarse el corazón aun en los instantes de más fervoroso entusiasmo y de más arrebató poético. Solicitada el alma por diversas esferas de atracción, viendo á las claras el pro y el contra de lo que sostiene, acostumbra refugiarse en la ironía, y cae en un estado que, con palabra tomada de la lengua inglesa, llamamos *humorístico*. Las mejores poesías del Sr. Alarcón son las que expresan dicho estado del alma.

Nada hay nuevo en el mundo, y dicho esto, y la poesía que de él nace, no son nuevos tampoco. Apenas hay poeta lírico, ni aun en los tiempos más remotos, que no deje en ocasiones traslucir la ironía; que no tenga su punta de humorístico, á veces en las composiciones más graves. No pocos críticos han creído descubrir sobre los labios del divino Homero una delicada y burlona sonrisa, hasta al pintar al hijo de Saturno, cuando, enarcadas las negras cejas y movidos sobre su cabeza inmortal los rizos perfumados de ambrosía, estremece la cumbre del Olimpo. Dechado más evidente del género humorístico é irónico es la famosa y tan repetida oda de Horacio en alabanza de la soledad, de la vida del campo, de las costumbres puras, sencillas y santas en los tiempos patriarcales. ¿Quién, al leer aquella oda, no aborrece por un instante los suntuosos banquetes, el lujo y las luchas de la ambición? ¿Quién no promete evitar los palacios de los príncipes, el foro ruidoso y la inquieta é inconstante plebe? ¿Quién no desea irse á vivir á un cortijo con su inocente esposa, que hará allí el papel de una sabina, ordeñando las vacas, aprestando los no comprados manjares, y todas las otras

suavísimas rustiquezas que el poeta nos describe y que están oliendo á madreSelva, á tomillo y á la flor del nemoroso brezo? El mismo Horacio sentía este deseo, este amor, este entusiasmo de la esquividad campesina, y este desengaño de las vanidades y las glorias de la tierra, al escribir su oda. La oda, sin embargo, es el discurso que hace el usurero Alfio cuando recoge el dinero que tenía dado á premio; pero, aunque ya casi se cree retirado en el campo,

«Jam, jam futurus rusti us»,

no bien acaba de recoger el dinero, busca á quién ha de prestarle con mayor ganancia en el mes siguiente.

«Omnem relegit idibus pecuniam;  
Quaerit kalendis ponere.»

No se entienda que esto es una travesura de Horacio; es un acto de modestia y de pudor, una prueba más de su gusto exquisito. Aquel poeta cortesano, alegre, amigo de la sociedad elegante y de los más refinados placeres, aunque en un momento sintiese con sinceridad lo contrario, no podía aconsejarlo sin el correctivo de la ironía, sin la esfumación de lo humorístico, so pena de hacer que lo que es sincero y sentido apareciese como una declamación vana, falsa y amanerada. No en otra cosa reside el hechizo arcano de la poesía humorística. Sin duda que, siendo héroe, ángel, santo ó semidios el poeta, no ha menester del *humor*; pero, no siéndolo, vale más que, al mostrarnos sus pensamientos angélicos ó divinos, descubra la flaqueza y miseria de su condición humana, que no que truene, fulmine y hasta excomulgue, cuando se ve poseído del numen y agitado interiormente por el estro, sin acordarse de que era un mortal pecador



como nosotros momentos antes de tomar el tirso ó la lira en la mano, y de subir á la tripode inspiradora.

Sirva esto de justificación al género humorístico. Las poesías del Sr. Alarcón en este género son, á mi ver, las más lindas del tomo. Están lleno de gracia, de espontaneidad y de ternura.

El Sr. Alarcón ha atinado, además, con el estilo propio de dicho género de poesías, poco cultivado antes por los españoles. Teníamos el estilo jocosó, el satírico, el grave, el sentimental, pero no el humorístico, que es como una mezcla armónica y suave de todos ellos, donde no deben parecer duras y violentas las transiciones.

Viene en auxilio del buen ingenio del Sr. Alarcón, y de sus cualidades adecuadas á semejante modo de poetizar, la maestría dichosa con que maneja el lenguaje, empleando á veces con primor y acierto algunas frases vulgares, algunos idiotismos que prestan un candor chistoso y una ligereza delicada á lo que escribe.

Como el lector no ha de pararse en el Prólogo, sino que ha de leer y releer las poesías que vienen en pos, no quiero abultarle citando trozos de lo que más adelante verá entero. Sólo enumeraré los títulos de las más bellas é importantes de estas composiciones humorísticas. Son *Sueños de sueños*, *Una flor menos*, *Á la luna*, *Historia inverosímil*, *El día de año viejo* y *Ayer y hoy*.

En algunas otras composiciones, de las más sentidas, serias y graves, aparecen de vez en cuando rasgos felices del mismo *humor*, los cuales están tan bien traídos y tan hábilmente ajustados al cuerpo y al espíritu de toda la composición, que no la desentonan ni empañan su limpieza y hermosura, antes imprimen en ella un sello indeleble de sencilla verdad y de espontáneo afecto. Esto se nota principalmente

en la *Dedicatoria* del tomo á la mujer del poeta, en el *Adiós al campo*, en la alegoría *El cigarro* y en otras obrillas del mismo orden.

Lo más selecto del tomo es de lo que ahora se llama *subjetivo*: es poesía autobiográfica, si bien no tanto de los accidentes externos de la vida, cuanto de lo íntimo y profundo del corazón y de la mente, y de sus pasiones é ideas. Más que á la casta ó linaje de poetas doctrinales y que se dirigen al pueblo, como Píndaro, Solón, Tirteo, Schiller, Manzoni y Quintana, pertenece el Sr. Alarcón á aquella otra casta, cuyos versos no se asemejan á una homilia, sino á un monólogo, donde el poeta se da razón de sus impresiones, y hace, por decirlo así, examen de conciencia, deteniéndose un rato á considerarse; interrogarse y juzgarse á sí propio, en medio de una vida azarosa, agitada y aventurera. Bajo este aspecto, el Sr. Alarcón es como los antiguos trovadores y *minnesinger*, ó más bien como nuestros poetas mahometanos de la Edad Media, que corrían las aventuras; que eran soldados y peregrinos, y ya cantaban de una cita de amor, ya describían una orgía y otros deportes y devaneos, ya una batalla en que se habían hallado, como Ibn-Handis, y ya palacios y jardines; y ora hablaban de sus amores y de sus celos por culpas de alguna principal señora, como Ibn-Zeidun por la princesa Walada, ó como el célebre Tannhäuser por la misma Venus, transformada en *diabla* merced al cristianismo; ya se convertían á mejores costumbres, se arrepentían y hasta hacían penitencia, componiendo versos místicos y aun ascéticos. Algo semejante, salvo la diferencia de los tiempos, hay en las composiciones del Sr. Alarcón. Como viajero, describe el *Oceano*, el *Monte Blanco*, la ciudad de *Venecia*, *Roma*, el *Vesubio*; como soldado, ensalza la *Bandera de Ciudad-Rodrigo*; y como amante, produce gran abundancia de poesías, y



ya celebra sus favores, ya lamenta los desdenes, ó ya zahiere la coquetería y pícará condición de alguna dama, como la de aquella, más que tierna, vanidosa, á quien alude en las quintillas tituladas *Por vía de epitalamio*. Por bajo de todos estos versos palpita la vida misma del poeta y se esconden todos sus lances de amor y fortuna.

Recogido ahora á buen vivir y hecho un excelente padre de familia, muestra su ternura hacia los niños en versos tan dulces como los del soneto *Á mi hija, en sus días*, *El secreto* y *Camino del cielo*.

No es esto decir que el Sr. Alarcón sea siempre subjetivo y humorístico. Toca todas las teclas y registros, y ensaya, casi siempre con felicidad, todos los tonos. Tal vez es sentencioso, doctrinal ó gnómico, pero sin pecar en cansado ó prolijo. Á vuelta de sus bromas, se advierte que sueña en un amor inmortal, y frisa á menudo en el misticismo.

Á pesar de que la legítima trompa épica está abollada hace siglos y suena poco, el Sr. Alarcón soltó una vez el plectro para empuñarla y hacerla sonar, y lo consiguió, en cuanto cabe en este género de poesía, ahora artificial y anacrónico.

Su canto *El suspiro del moro* da testimonio de esta verdad, que el Liceo de Granada reconoció al premiarle con la Medalla de oro.

Aunque el Sr. Alarcón no se jacta de purista, y detesta lo rebuscado, y hasta parece que huye de todo atildamiento en la frase y de todo artificio en las palabras, su versificación es robusta y correcta, y su lenguaje castizo, elegante y propio.

Posee, por último, el Sr. Alarcón el don misterioso de la gracia y de la simpatía. Sus versos atraen al lector, y, después de atraído, le retienen y le embelesan. Este atractivo, esta virtud magnética, se siente mejor que se comprende; pero debe de consistir en la sinceridad. Es tan hermosa, tan rica,

tan noble, considerada en sí, no ya sólo el alma del Sr. Alarcón, sino casi toda alma humana, que si acierta á mostrarse sinceramente, sin aliños y sin mentidos afeites, en su desnudez limpia y pura, tienen por fuerza que interesarse en su favor y hasta que adorarla las demás almas. El toque magistral de la poesía lírica subjetiva está, pues, á no dudarlo, en arrancar al alma el velo con que se encubre y en mostrarla desnuda. Bienaventurado quien acierta á hacer esto con el decoro y la destreza que se requieren.

Desnudar un alma no es negocio tan hacedero. Algunas andan tan embozadas, vestidas y arropadas en la materia, que, según expresión del vulgo, tienen más conchas que un galápago y no se despojan ni á tirones.

Rarisimas, y éstas son las de los poetas, visten un cendal leve y vaporoso, que al menor soplo de una pasión ondea, vuela y deja patente la belleza recóndita. No proviene de otra cosa la poesía, y tal es la que encierra este tomo.

JUAN VALERA.

1870

